

LA TÉCNICA del GARAJOL

CLARA
Redondo
Sastre
el RU-
BENCIO



Cuento dirigido a niñas y niños entre 6 y 12 años
sobre **N.E.A.E.** Necesidades Específicas De Apoyo Educativo

LA TÉCNICA del GARAJOL

Cuento dirigido
a niñas y niños entre 6 y 12 años
sobre N.E.A.E.

Necesidades Específicas De Apoyo Educativo

Escrito por:

Clara Redondo Sastre

Ilustrado por:

El Rubencio



Introducción

Siguiendo la trayectoria que lleva **CEAPA**, seguimos editando cuentos con el fin de aportar instrumentos para madres y padres para sensibilizar a sus hijos e hijas entre 6 y 12 años. Este cuento es un complemento al editado en agosto de 2022, *La cigüeña que no era una cigüeña* sobre necesidades educativas de apoyo específico (**NEAE**).

La atención a la diversidad es un tema que requiere aún mucho esfuerzo y seguimiento y, en el caso del alumnado **NEAE**, es necesario un análisis de los servicios, prestaciones y recursos que se les brindan en la etapa secundaria y por qué tantas familias manifiestan gran preocupación a la hora de que sus hijos e hijas se incorporen a la citada etapa obligatoria.

Esta necesidad lógica de compartir, profundizar y conocer los aspectos que inciden en el aprendizaje del alumnado **NEAE** y en su inclusión en el entorno educativo, durante toda la etapa obligatoria y más allá,

plantea una reflexión profunda acerca de los condicionantes a los que se enfrenta este alumnado, de cara a la consecución del éxito educativo, y que pueden ser de índole familiar, como el nivel de renta, o de índole personal, como una condición física o intelectual que dificulte la inclusión en el sistema educativo.

Esta vez hemos querido ahondar en que la responsabilidad de los cuidados de los niños y niñas sigue recayendo principalmente en las mujeres, agrandando así la brecha de género y propiciando un retroceso en cuanto a igualdad. Sin conciliación no hay espacio para la igualdad, por lo tanto, cuando hablamos de conciliación, hablamos de corresponsabilidad, la universalización de los servicios públicos de cuidado, los permisos igualitarios y las jornadas de trabajo a tiempo completo cortas y estables serán algunas de las fórmulas necesarias para que hombres y mujeres tengamos las mismas oportunidades en el empleo y la misma responsabilidad en los cuidados.

Creemos que el lenguaje escogido de los cuentos sirve para enseñar a los niños y las niñas conceptos, actitudes y valores relacionados con la educación inclusiva y los derechos de todos/as los/as niños y niñas. El cuento es un instrumento ideal para unirse en fami-

lia en torno a una misma actividad, convirtiéndola en un vehículo para establecer una comunicación cálida y positiva que permita educar en valores.

Tanto la familia como la escuela tienen la responsabilidad de enseñar en valores solidarios, inclusivos y de equidad, para facilitar una sociedad capaz de convivir pacíficamente y valorar las diferencias de cada persona. Todos/as los/as niños/as deben sentirse reconocidos/as, acogidos/as y respetados/as.

Con el objetivo de facilitar la comprensión de este cuento, aportamos una serie de preguntas que podéis formular a vuestras hijas e hijos para fomentar el diálogo y reforzar ideas positivas.

¿Crees que los padres de Uma se preocupan de ella?

¿Y sus profesores?

¿Qué opinas de Xesca?

¿Hay algún compañero o compañera tuyo que tenga algún tipo de necesidades educativas de apoyo específico?

¿Qué valores nuevos has aprendido en el desenlace del cuento que están vinculados a la inclusión y a los derechos de los niños con necesidades educativas de apoyo específico?



Uno

Las paredes de la casa de Uma son como el papel: tan finas que se escucha todo lo que dicen o hacen los vecinos. Si estornudan o discuten o se les cae un martillo en el dedo gordo del pie. Desde la ventana de su habitación en un segundo piso del barrio de Carabanchel, Uma observaba lo que ocurría en la calle. El pastor alemán que hacía un pis en cada esquina mientras su dueño hablaba por teléfono, la chica que iba tecleando su móvil y se chocó contra la farola, el gato color canela que huyó al ver acercarse al perro, el camión de la basura que pasó rugiendo

a velocidad de *rally* e increíblemente no rozó ni un coche de los que estaban aparcados en la calle. Volvió la vista hacia el escritorio de donde se había levantado hacía un momento. Allí seguían los deberes encima de la mesa. Habían crecido sin control para convertirse en una montaña de papeles que llegaba hasta el techo. Moriría aplastada si alguien no iba a rescatarla, pensó Uma en ese momento, lo pensó el día anterior y todos los días de la semana. De pronto, escuchó un silbido que venía del exterior. Oh, oh... Allí llegaba su padre, lanzando una señal inconfundible que Uma reconocería entre un millón de silbidos. Lo reconocía también por sus andares, su cazadora verde y su mochila. Uma sabía que tenía tres minutos para colocarse bien en la silla y esconder la hoja con los dibujos que había hecho.

Uma tiene una pasión: dibujar. En casa, en el instituto, en cualquier lugar. Cuando no entiende lo que

los profesores están explicando, se evade dibujando en su imaginación unos trazos de formas diversas, flores, geometrías imposibles, líneas rectas o curvas, animales... Los va entrelazando hasta crear un diseño único, que plasmará en un papel, o en telas, con pinturas, lápices, esponjas... Esta pasión la practica a escondidas, porque sus padres están muy pesados con los estudios y no quieren que se distraiga con ninguna otra cosa.

Por eso, cuando escuchó el silbido a lo lejos, rápidamente tuvo que esconderlo todo. Si su padre la encontraba dibujando, se armaría una buena. Como ocurría todas las tardes, sabía lo que iba a pasar a continuación: escucharía la llave en la cerradura, papá abriría la puerta, entraría en casa, «hija, ya estoy aquí, me doy una ducha y voy a verte, que vengo sudado, y espero que hayas terminado los deberes». Y después de ducharse: «¿Otra vez sin hacer los deberes?, no puedes seguir así, Uma, yo hago mi trabajo y tú

tienes que hacer el tuyo, a nadie nos regalan nada en la vida, tienes que esforzarte, ¿me oyes?, no quiero que me llegue otra nota del instituto, ¿entiendes lo que te digo? Cuando llame mamá, se va a enfadar otra vez».

El lunes, cuando Uma llegó del instituto, en la entrada de su portal vio un camión de mudanzas y dos mujeres que descargaban muebles. Subió las escaleras hasta el segundo piso y fue una agradable sorpresa comprobar que la puerta de al lado de su casa estaba abierta de par en par y otras dos mujeres no paraban de meter cajas.

—Niña, quítate de en medio, que molestas.

Se había quedado parada en mitad del descansillo, mirando el interior de la casa. El sol entraba por una ventana y se proyectaba en un montón de motitas de polvo suspendidas en el aire y que se movían alocadas al ritmo de las personas que pasaban.



—¿Me has oído? Que no me dejas pasar.

Al girarse, se encontró con unos ojos negros que la miraban; pertenecían a una chica de piel muy morena y con el pelo negrísimo recogido en una desordenada coleta tipo moño en lo alto de su cabeza. Sostenía una mesa grande que parecía tan pesada como un elefante. Uma pensó que ese moño se parecía a los nidos de las cigüeñas. Se imaginó una cigüeña en miniatura ahí arriba y le hizo gracia. Esos ojos negros le lanzaron una mirada muy poco amistosa e inmediatamente obedeció, se hizo a un lado para dejarla pasar y sin perder un segundo sacó las llaves de su mochila, abrió la puerta de su casa y entró. Cuando se quedó sola, se desató su alegría: «¡Vecinos nuevos!». Hay que comprender a Uma: en ese portal hacía siglos que no entraba a vivir nadie nuevo, y sintió el hormigueo de cuando piensas que algo bueno va a pasar. Incluso fantaseó con la idea de que por fin hubiera alguien de su edad en su bloque. Pegó la

oreja a la puerta: todo eran ruidos, ibum!, ichas!, golpes, icling!, iclong! y arrastrar de muebles de un lado a otro. Cogió una silla y se subió a otear por la mirilla. A veces lo hacía y su padre le decía que era feo mirar a hurtadillas, pero Uma decía que por qué no, no hacía mal a nadie. A través del agujero vio a seres diminutos que iban y venían. Cuando por fin la puerta de al lado se cerró, se bajó de la silla, se sentó en ella y se quedó pensando en la chica del moño con forma de nido. No había sido muy simpática con ella. ¿Sería una de sus vecinas?

El encuentro con esa chica no tardó en llegar, solo dos días después de la mudanza. Uma tenía llaves propias porque cuando llegaba a casa no había nadie. Su padre se iba al restaurante muy temprano y llegaba a las siete de la tarde. Pero que no cunda el pánico: le dejaba una rica comida preparada. Para algo era cocinero. Y su madre se había tenido que

ir unas semanas a un viaje de trabajo a otra ciudad. Después de comer, Uma tenía toda la tarde por delante, algo que podría ser maravilloso porque podría dedicarse a no hacer nada o, sobre todo, a dibujar. Sin embargo, no era tan maravilloso: cargaba en la mochila los malditos deberes pendientes, que le pesaban como si llevara encima un edificio de diez pisos. Como en clase no los terminaba, tenía que hacerlos en casa. Su grupo de amigos de clase se quedaban algunos días en el parque al lado del instituto, pero ella casi nunca iba.

A los dos días de la mudanza, se encontró con la chica del moño al entrar en el portal. Las normas de cortesía dicen que cuando conoces a alguien nuevo —y si es una nueva vecina que va a vivir a tu lado, mucho más— tienes que ser simpática y hacer lo posible por caerle bien. ¿Eso dicen las normas de cortesía? Pues Uma y la otra chica casi se chocaron en la puerta

por entrar a la vez y, sin saludarse, subieron en fila india hasta sus respectivas casas. Segundo A. Abre puerta. Cierra puerta. Segundo B. Abre puerta. Cierra puerta. «Por qué no le he dicho nada. Soy tonta. He perdido una oportunidad. ¿Empezará a venir a mi instituto? Sería genial. Volveríamos juntas, vendría a casa todas las tardes, la invitaría a merendar...», se dijo cuando entró en su casa.

Ese miércoles, mientras cenaban, llamó su madre por teléfono y pusieron el manos libres.

—¿Qué tal te ha ido el día, pollito mío? —le preguntó su madre.

—Mamá, han venido vecinos nuevos a la casa de al lado.

—Querrás decir vecinas, porque todas son mujeres —intervino su padre.

—¡Qué bueno! —dijo su madre.

—Cuando la conozca, la voy a invitar a casa y vamos

a merendar juntas y le regalaré un dibujo mío y...

—No, hija —dijo la madre—, los dibujos déjalos para otro momento. Tú por las tardes ya sabes lo que tienes que hacer.

—Hija, te lo hemos dicho muchas veces. Mamá y yo hacemos nuestro trabajo y tú tienes que hacer el tuyo, que es esforzarte más y estudiar. A nadie nos regalan nada en la vida, hija, te lo digo muchas veces.

—Haz caso a tu padre. Queremos lo mejor para ti. Mírame a mí, que tengo que viajar para sacar adelante mi trabajo. ¿Me gusta viajar? No, no me gusta, pero no me queda más remedio. Tú solo tienes que esforzarte más.

A Uma el corazón se le alborotó al escuchar de nuevo la misma cantinela, bumbubum, y, en silencio, se fue yendo mentalmente de allí. Su madre y su padre blablabla..., y dentro de la cabeza de Uma esas voces se fueron yendo más y más lejos... Hasta que por fin

Uma encontró su refugio: vio el aire como un gran lienzo sobre el que imaginariamente fue trazando despacito esas formas geométricas, le gustaba recrearse en los círculos concéntricos, en las líneas rectas, en los triángulos que se cruzan, dibujó un árbol con ramas de las que salían hojas de distintas formas y florecían capullos... Solo entonces, su corazón se calmó.

—¡Uma! ¿Dónde te has ido? ¡Ya estás con la cabeza en otro sitio! ¿Estás escuchando lo que tu madre y yo te estamos diciendo?

La voz de su padre la devolvió a la realidad. Enfadada, se levantó y se fue a su habitación. No quería saber nada de estudios ni del instituto ni de los deberes. Sus padres no la entendían, nadie la entendía.

Unos días después, llegó su padre del trabajo, un poco antes que de costumbre y más serio de lo normal, y le dijo a Uma que tenía que hablar con ella. En la cocina, colocó dos sillas una enfrente de la otra y él

se sentó en una.

—Ven, siéntate aquí. Hija, ¿estás bien?

Uma se le quedó mirando; menuda pregunta.

—Quiero decir, ¿tienes algún problema en el instituto?

¿Alguien te está molestando? ¿Ha pasado algo que no

sepamos? Si alguien te está molestando me lo tienes

que decir, ¿entiendes, hija? No tienes que ocultarnos

nada. Tu madre y yo estamos aquí para protegerte.

Uma miró a su padre.

—Papá, déjalo.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Es porque no se te dan bien

los estudios? Te cuesta un poco más que a los demás,

pero no importa, solo tienes que esforzarte.

—Para ya. Ya me has dicho eso muchas veces. No me

agobies. No me pasa nada.

—Estamos preocupados, entiéndenos, hija. ¿Es porque

pasas mucho tiempo sola? Seguro que es por eso. Lo

sabía, sabía que era eso.

—Papá...

—Tengo que venir antes del trabajo, sí, eso es lo que tengo que hacer, y ponerme a hacer los deberes contigo, seguro que así...

«¿Hacer los deberes conmigo? No, por favor, eso sí que no... ¡Y un cuerno! Me agobiaría mucho más».

—Sí, eso voy a hacer, venir antes del trabajo y hacer los deberes contigo...

—¡Papá! ¿Te puedes callar? ¡No me pasa nada!

No podía soportar las charlas de sus padres. Lo que le pasaba era que muchas veces no entendía bien lo que los profesores explicaban y eso le hacía sentirse muy pequeña. Por eso se desconectaba tanto en clase. El único que la entendía y no la veía como un bicho raro era su tutor, Darío. Durante la hora de tutoría, él les proponía que hicieran lo que más les gustaba hacer. Unos leían, otros simplemente hablaban, había de todo. En esa hora, Uma se olvidaba de los estudios y de los deberes. Deseaba que llegara ese día para sacar sus carboncillos (que llevaba siempre en su mochila)

y ponerse a dibujar. Darío la felicitaba, le decía que era una artista. ¡Artista! Esa palabra le encantaba. Él se lo decía muchas veces y le hacía sentirse bien. ¿Por qué sus padres no entendían que dibujar era lo que a ella le gustaba? Odiaba los estudios.

El martes, mientras Uma terminaba de dibujar lo que le había dictado su imaginación, Darío se acercó a ella y, en voz baja, le dijo: «Oye, Uma. Te voy a proponer un estupendo plan». Si ella decía que sí, se lo contaría a sus padres para que se pusieran manos a la obra. Cuando escuchó de qué se trataba, y sin entender en ese momento por qué, sintió alivio. Como si se le quitara un gran peso sobre los hombros. Y aceptó.



Dos

Durante los dos días siguientes, el padre de Uma (por recomendación de Darío) se dedicó a forrar el barrio con carteles en los que se buscaba a una persona joven que diera clases particulares a su hija. Una noche, mientras cenaban unos ricos canelones:

—Hija, tengo una sorpresa. Te va a encantar. En realidad, son dos sorpresas. Una es que ya he encontrado a una persona para que te ayude con los deberes.

Sintió un brinco en el estómago y unas hormiguillas se le empezaron a alborotar por dentro.

—¿Quién?

—Pues esa es la otra sorpresa: nuestra vecina, Xesca.

—¿Quién es Xesca? Pero si no conocemos a los vecinos.

—Yo ya la he conocido. Y tú también. Es la chica que te encontraste el día de la mudanza. ¿Te acuerdas? Claro que se acordaba. Y al recordar a la cigüeña pequeñita encima de su cabeza le dio la risa, aunque también se acordó de que no había sido muy simpática con ella.

—¿No te parece una casualidad increíble? —continuó su padre—. Puse anuncios por el barrio y la primera que me llamó fue ella. Imagínate la sorpresa cuando nos dimos cuenta de que éramos vecinos. Está en segundo de bachillerato y se le dan muy bien los estudios. ¿No es perfecta para ti, cariño? —Él siempre tan optimista—. Hemos quedado en que mañana mismo empezáis. Vendrá a casa a las cinco, así que estate preparada, ¿vale? Yo llegaré a la hora de siempre.

Al día siguiente, Uma tardó cero coma en llegar a casa después del instituto. Las hormigas en el estómago volvían de nuevo. A las cinco en punto sonó el timbre. Cuando abrió la puerta, lo que vio la dejó con la boca abierta y sin poder mover ni un solo músculo de su cuerpo. Su vecina no venía sola:

—Hola, qué tal, soy Xesca. Y este es Pepe. Venimos a darte clase. Ya te ha contado tu padre, ¿no?

Era la primera vez que veía a una chica que llevaba un pájaro de colores posado en su hombro. No era experta en animales ni le llamaban la atención, incluso les tenía miedo. Pero ese pájaro con la cabecita azul le pareció asombroso.

—¡Guauuu! ¿Qué pájaro es?

«Holaquetal, holaquetal, holaquetal...», interrumpió Pepe.

—¡Y habla!



—Claro que habla. Bueno, más bien imita sonidos. Nos va a venir genial para las clases, ya verás. Saluda otra vez, Pepe.

«Holaquetal, holaquetal, holaquetal...», volvió a decir Pepe.

—¿Podemos pasar? —dijo Xesca, pues Uma no podía dejar de mirar a Pepe.

—¡Ay, sí, sí! —dijo Uma y se retiró para dejarlos entrar. Al pasar por delante de la cocina, Xesca se paró y no pudo resistir asomar la nariz y aspirar hondo con los ojos cerrados.

—Bacalao al pil pil. ¿Quieres? Mi padre es cocinero. —¿Qué? No, no, que yo he venido a darte clase, ¿recuerdas?

Se fueron directas a la habitación.

—A ver, enséñame tus deberes para hoy.

—Esta es la montaña que tengo que hacer para mañana —dijo Uma moviendo alocadamente unos pocos papeles que tenía encima de su escritorio.

—¿Montaña de deberes?

—Sí, ¿no la ves?

—Vale, vale, una montaña, sí.

«Montañadede deberes, montañadede deberes», dijo Pepe.

—Calla, Pepe, vamos a ponernos a trabajar.

Desde ese día, puntualmente a las cinco de la tarde llegaban Xesca y Pepe, y todos los días Xesca se paraba delante de la cocina y con los ojos cerrados aspiraba el aroma de lo que hubiese preparado el padre de Uma. Y luego ya llegaban a la «montaña», que al cabo de unos días se fue haciendo más pequeña. A Uma le gustaba cómo Xesca le explicaba, le divertía que Pepe repitiese las ideas importantes que tuviera que memorizar. Al principio Xesca estaba un poco seria, pero a Uma no le importaba, su vecina le parecía fascinante y explicaba tan bien... Y además estaba Pepe. ¿Quién tiene un periquito que habla? A Uma nunca se le habría ocurrido tener un animal, le pare-

cían seres exigentes y molestos, pero Xesca estaba tan compenetrada con él... Además, le había propuesto algo que le había gustado: durante la clase, Uma podía dibujar, algo que hacía de manera automática y sin pensar. Le decía que prefería que mirara al papel en lugar de a la ventana, porque ahí afuera siempre encontraba distracciones... Qué casualidad, esto mismo le proponía Darío: también la animaba a dibujar.

Llevaban ya más de una semana juntas y parecía que se conocían de toda la vida. También a Xesca le gustaba mirar lo que pasaba a través de la ventana. Como lo que ocurrió el lunes por la tarde, y así se lo contó Uma a su padre a la hora de la cena. Aunque antes tuvo que responder a una pregunta:

—¿Pero quién es Pepe?

—Es un periquito que habla. Se lo regaló su tío. Alguien lo abandonó y otra persona lo encontró y lo llevó a una protectora de animales. Y su tío le pidió

que lo cuidara. ¿Sabes lo que ha pasado esta tarde?

Le contó que, cuando Xesca y Pepe llegaron, estaba lloviendo a mares. En cuanto paró la tormenta, se fueron las nubes, salió el sol y apareció un increíble arcoíris... Las dos se quedaron mirando por la ventana el espectáculo de ese perfecto arco gigante y con todos sus colores como si estuvieran recién dibujados. De pronto, Xesca pegó un salto en la silla, como si se hubiera acordado de algo muy importante que tenía que hacer. Su padre la escuchaba con mucha atención.

—Xesca me dijo: «¡Ahora vuelvo! Tú quédate ahí. Y tú también, Pepe». Yo le pregunté que dónde iba, y me contestó: «A salvar a los cafres de mis amigos». Sus amigos eran los caracoles. Al volver, me explicó que los caracoles, después de una tormentaza como esa, que dejaba húmedo el barrio y el verde de los jardines, salían de sus refugios y se iban de excursión.

Que son unos imprudentes y que no se dan cuenta de que, si se quedan en mitad de la acera, alguien los puede pisar. Y me dijo que, cuando había tormenta, siempre bajaba a quitarlos de las aceras y devolverlos a la hierba, de donde no tenían que haber salido. Yo nunca me había fijado en eso.

—Yo sí, pero no me he detenido a quitarlos de las aceras —dijo su padre.

—¿Y sabes qué me ha pasado también, papá? Como me gusta dejar la ventana abierta cuando llueve, un caracol se ha metido en mi habitación.

Él se quedó pensativo unos segundos mirando al techo.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado mudo?

—Nada, solo que... Es curioso. El otro día leí, pero no me acuerdo dónde, que encontrarse un caracol dentro de tu casa significa que vas a tener buena suerte. Así que enhorabuena.

—¿Enhorabuena por qué?

—Porque estás en racha, hija. ¿No te parece buena

suerte haber dado con Xesca?

Estar en racha... Sí, quizá tenía razón. Habían sonado bien las palabras de su padre.

A pesar de que él confiaba cien por cien en Xesca, Uma mantenía en secreto que, mientras Xesca explicaba (y Pepe repetía), ella dibujaba. Sus padres le habían dicho tantas veces que lo importante eran los estudios, que ni se le ocurría contarles cómo daban las clases, por si acaso cambiaban de opinión. No, mejor no contaba nada. Y eso que a ellos no les gustaba que Uma tuviera que traerse deberes a casa. Les parecía que era suficiente con lo que hacía en clase. Pero no se atrevían a llevar la contraria a los profesores, así que todo se convertía en un bucle que Uma no acababa de entender. Pero Xesca sí la comprendía. Y además explicaba muy bien. ¡Estaba tan a gusto con ella! Xesca era maravillosa. Uma dejaba vagar su imaginación a través del lápiz de manera automática sobre el papel, y esto le permitía concentrarse más en

sus explicaciones. Y eso mismo hacía en clase: ahora ya no tenía que ocultarles sus dibujos a los profesores, pues Darío se lo había propuesto y a todos les pareció que era una buena manera de ayudar a Uma.

Ese martes había amanecido lluvioso y Uma se iba fijando en dónde pisaba para no aplastar a ningún caracol, como Xesca. Ya llevaba dos semanas con ella y las cosas habían cambiado. Era genial. Su padre tenía razón: era una suerte que Xesca hubiera aparecido en su vida. Que hubiera sido ella precisamente, su propia vecina, quien viera el cartel que había escrito su padre y fuera la primera en llamar. Mientras iba mirando el suelo pensaba en lo loco que era eso de la suerte. Se frenó en seco: un caracol a sus pies avanzaba despacísimo. En realidad, parecía que no avanzaba, aunque la línea transparente que iba dejando atrás significaba que llevaba un buen rato jugándose la vida en esa parte de la acera. Con mucho cuidado —y un

poquito de asco—, lo cogió con dos dedos y lo subió hasta la altura de su nariz: «Tranquilo, caracol, aunque yo sea gigante, no soy ningún monstruo. ¿Ves? Así es la suerte, Xesca me encontró gracias a mi padre, y tú me has encontrado a mí gracias a ella», le susurró y, con una gran sonrisa, lo depositó en la hierba del jardín al que se dirigía lentamente el caracol.

Iba ilusionada al instituto: los martes tenía tutoría con Darío. Sentía que él la aceptaba como era. Muchas veces se preguntaba por qué a ella le costaba mucho más que a los demás entender lo que decían los profesores. Ya estaba en la ESO y se suponía que ya era mayor para entender lo que le contaban. Pero no era así. En clase, las explicaciones se le amontonaban en su cabeza como si fuera un monumental atasco en mitad de la gran ciudad. Durante la tutoría, Darío le preguntó si ya había alguien que la estaba ayudando con las tareas en casa.

—¡Sí! Y además es mi vecina.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! Seguro que te va fenomenal. Tienes que confiar en ella y, sobre todo, tienes que confiar en ti, Uma. Hay cosas que se te dan peor, pero con esfuerzo y con la ayuda de tu vecina, ya verás como vas mucho mejor. Y no te olvides de que otras cosas las haces muy bien. Como dibujar. Eres una gran artista, Uma.

Las palabras de Darío siempre resonaban con fuerza dentro de ella. ¿Sería verdad que era una artista? ¿No importaba tanto que se le dieran tan mal los estudios? Por dentro se sentía más tranquila.

Ese día por la tarde, Xesca traía una sorpresa: la invitaba a una fiesta por su dieciocho cumpleaños, que iba a celebrar por todo lo alto el domingo por la tarde en su casa.

—Vendrán mis amigas y algunos de la familia. Me

apetece que vengas. ¿Quieres?

¡Claro que quería! Xesca, a la que admiraba tanto, la invitaba a ella, a-e-lla, a su cumpleaños. ¿No era maravilloso?

—Va a venir también mi padrino, el que me trajo a Pepe, ¿recuerdas? Lo adoro.



Tres

Por fin llegó el domingo. Uma llamó al timbre a las cinco de la tarde. Estaba nerviosa. Era la primera vez que la invitaban a una fiesta. Iba a conocer a la familia de Xesca, a sus hermanas pequeñas, a su madre y a la pareja de su madre, a su padrino y a las amigas y a los amigos de Xesca, los que conservaba de su antiguo barrio, porque no le había dado tiempo todavía a conocer a nadie más en el barrio actual. Salvo a Uma.

Guardado dentro de su mochila, llevaba el regalo para Xesca. Antes de llamar al timbre, Uma le dijo a

su padre, que estaba a su lado:

—Papá, no hace falta que me acompañes, puedo venir yo sola.

—No, hija, que te puedes perder —le contestó guiñándole un ojo.

—Tampoco hace falta que lleves nada de comer. Vamos a hacer el ridículo.

El padre de Uma había preparado una bandeja de canapés variados de los que más éxito tenían en su restaurante. Era su forma de agradecer a Xesca lo bien que lo estaba haciendo con su hija, a la que veía más contenta desde que había empezado con las clases particulares. Sin duda, había sido todo un acierto la sugerencia de Darío.

—Nada de ridículo. Ya verás qué contenta se pone Xesca, tú me has dicho varias veces que le encanta la comida rica. Y, sobre todo, lo que preparo yo. No como a ti, que nunca te gusta nada de lo que hago.

—No seas pesado.

Uma se dio cuenta de que él tenía razón en cuanto vio la cara de felicidad que puso Xesca nada más abrir la puerta y encontrarse con la bandeja que llevaba el padre entre las manos. Requetesatisfecho del efecto que habían tenido los canapés, felicitó a Xesca, se despidió y se metió en su casa tan contento.

Nada más entrar, a Uma le llamó la atención lo que había cambiado la casa desde que la vio el día de la mudanza. Los muebles, los sofás, los cuadros, las estanterías llenas de libros... Ya estaba todo colocado, como si llevaran allí muchos años viviendo. Y había plantas por todas partes. Le pareció un sitio precioso. Para la fiesta, habían decorado las paredes con guirnaldas de papel, y unas diminutas bombillas de colores recorrían el techo de esquina a esquina. En una mesa habían puesto comida y bebida, y sonaba una música de fondo con la que daban ganas de ponerse a bailar. Todo estaba preparado para pasárselo bien. Había un

montón de personas allí y Xesca estaba feliz.

—¿Dónde está Pepe?

—Está en mi habitación, tanta gente le pone nervioso.

—Ya. Le entiendo.

Uma, como Pepe, no estaba acostumbrada a tantas personas juntas. Ella era hija única, y su madre y su padre también, así que no había posibilidad de juntar a mucha gente en las celebraciones familiares. No es que lo echara de menos, porque no lo había tenido nunca, pero le daba envidia lo feliz que debía de estar Xesca tan bien rodeada. A mitad de la tarde, llegó el momento de soplar las velas y darle los regalos. Uma se acercó tímidamente a Xesca y le dio el suyo. Lo había estado preparando con ilusión desde el día que le dijo lo del cumpleaños. Xesca era para ella una persona muy especial, así que hizo un regalo especial: una camiseta blanca sobre la que había dibujado por delante unos minuciosos y artísticos periquitos de colores. ¡Qué subidón el de Uma al ver las muestras de

alegría de Xesca al desenvolverlo! Inmediatamente se la puso encima de la camiseta que llevaba y los asistentes ovacionaron a Uma, porque lo cierto es que la camiseta era bien bonita. Xesca le dio un gran abrazo y Uma en ese momento se sintió la chica más feliz del mundo. Se sentía importante para su amiga, porque ya la consideraba amiga más que profesora. Al fin y al cabo, solo tenía pocos años más que ella. Y las clases las habían unido. En ese momento de euforia, sonó el timbre. Xesca fue como un cohete hacia la puerta. A los pocos segundos, apareció en el salón abrazada a un señor. Uma se quedó de piedra. No podía creer lo que estaba viendo. Era Darío, su tutor.

—¡Hola a todo el mundo! —dijo Darío echando un vistazo rápido a los que estaban allí reunidos—. Qué bien, llego a tiempo de los regalos.

Los invitados giraron sus cabezas hacia donde estaban el tío y la sobrina, y guardaron silencio, expectantes.

No se escuchaba ni el vuelo de una mosca. Mientras, Uma se hizo un ovillo (qué tremenda sorpresa encontrarse allí a su profesor y, mucha más sorpresa que su profesor fuera el tío de su amiga) y desde allí observó la escena.

—Aquí tienes el mío, querida sobrina. Primero ábrelo con mucho cuidado y luego te explico.

Darío le entregó con solemnidad una caja de cartón con agujeritos. Ella tardó unos segundos en levantar la tapa y durante otros tantos segundos más mantuvo un gesto de iohnomelopuedocreer! Todas las personas que allí estaban miraban con curiosidad. Cuando sacó un gatito pequeñísimo con forma de bola, se escuchó un coro de voces: «iiiOoohhhh!!!».

—Este es mi regalo, para que lo cuides muy bien. Se lo encontraron debajo de un coche, aterido de frío, y se lo llevaron a una amiga mía veterinaria. Ella buscaba un hogar para él y... ¿Cómo lo ves? ¿Te animas a cuidarlo?

—¡Claro que lo voy a cuidar! ¡Es una bolita peluda de amor! —exclamó y luego se acercó el gato a la cara y susurró—: Me encantas, gatito bonito, ¿verdad que te voy a cuidar muy bien?

Acto seguido devolvió al gato a la caja y le pegó un gran abrazo a su padrino. Los dos parecían conectados por un perfecto hilo de complicidad.

—¿Y esa camiseta tan chula? ¡Son periquitos, como Pepe! —exclamó su tío.

—Me la ha regalado ella, mira, esa es la chica a la que te dije que estaba dando clase —dijo Xesca y señaló al otro lado de la habitación.

Los invitados, que estaban siguiendo muy atentos y en silencio la conversación, giraron sus cabezas hacia Uma. Allí estaba ella, enroscada igual que un bicho bola. Ese dedo que la señalaba le pareció de pronto gigante y le empezó a palpar tan fuerte el corazón que se llevó la mano al pecho. «No, no, no», se dijo



y se echó para atrás todavía más, como si así fuera a desaparecer de allí.

—¡Pero bueno! —exclamó Darío—. ¡Uma!

—¿Cómo? ¿La conoces? —dijo Xesca.

—¡Claro que la conozco! Esto es increíble. ¿En serio tú eres la persona que está dando clases a Uma?

—¡Pues claro! ¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¡Es alumna mía! ¡Yo le dije a sus padres que le vendría bien un apoyo en casa!

Uma observaba la conversación sin poder mover ni un músculo. Estaban hablando DE ELLA. Y en voz DEMASIADO ALTA. TODO EL MUNDO se estaba enterando de que a ELLA, la misma chica que hacía un momento molaba un montón porque había pintado una preciosa camiseta, se le daban FATAL los estudios y NECESITABA CLASES PARTICULARES. Efectivamente, todos los allí presentes estaban encantados con la coincidencia

y escuchaban atentos la conversación.

—¡Vaya casualidad! —insistía Darío sin darse cuenta de la tormenta que estaba provocando en Uma—. ¡Eres tú su profesora! No podía haber encontrado a nadie mejor que tú, sobrina. ¡Con lo lista que eres!

¿En serio no se iban a callar nunca? ¿Qué más iban a explicar? ¿Que la chica lista le da clases a la niña tonta? Deseó con todas sus fuerzas que en ese instante se formara un potente torbellino que la engullera y se la llevara lejos de allí. Y a la vez deseó con todas sus fuerzas que cayera un alud sobre ellos dos, los seres más perfectos del universo, Xesca y Darío, Darío y Xesca, y los sepultara para siempre.

—¡Uma! —exclamó Darío, ya sí desviando su atención hacia Uma mientras los invitados seguían encantados presenciando la escena—. ¡Qué bueno verte aquí! Tienes mucha suerte de tener a Xesca cerca. ¿Cómo estás?

¿Le estaba preguntando de verdad que cómo estaba?
¿Le tenía que contestar? ¿O podía darle un puntapié
en toda la espinilla, que era lo que sí le apetecía?
Se sintió muy muy muy pequeña. Literalmente, se
sintió como una mosca a la que pueden aplastar con
un solo dedo.

Plof.

—Bien, bien —mintió y, como no había venido ningún
potente torbellino a rescatarla, añadió—: Me voy a
ver a Pepe. ¿Puedo?

Se levantó y, sin decir palabra, desapareció por el
pasillo. Darío y Xesca se miraron, sorprendidos. El
resto de invitados, al ver que la conversación no daba
más de sí, volvieron a sus cosas y la fiesta continuó
como si no hubiera pasado nada. Cuando Uma entró
a la habitación, su corazón seguía a pleno palpitar y

le temblaban las piernas.

—¿Tú sabes qué es lo que me pasa, Pepe?

Pero Pepe estaba dormido.



Cuatro

Durante la semana siguiente, Uma estuvo muy seria. En las clases del instituto, en la tutoría de Darío, en casa con su padre y por las tardes con Xesca. Echaba de menos a su madre. Su padre la agobiaba a preguntas. No entendía lo que le pasaba a su hija y lógicamente estaba preocupado ante este cambio de actitud. Ni ella tampoco se entendía a sí misma. Todos querían animar a Uma, incluso Pepe, que repetía las preguntas que Xesca le hacía: «quetepasa, quetepasa». Xesca trataba de estar igual que siempre, aunque, por otro lado, no podía disimular su alegría por su gato recién

llegado, y cada día venía con una cosa nueva sobre él.

—Adivina cómo le hemos llamado. Venga, pregúntame y yo te digo sí o no.

—No quiero juegos, dime cómo se llama y ya está.

—¿Qué dices cuando quieres dar un susto a alguien?

—Ni idea.

—Venga, no seas mustia. —Uma miró para otro lado—. «Buu». Be, U, U. Así se llama el gato —dijo Xesca intentando sacarle una sonrisa.

Otro día le contó que debían tener mucho cuidado porque parecía que era de profesión explorador y quería conocer mundo; en cuanto veía una oportunidad (puerta abierta), se quería escapar.

—Ayer se lo encontró mi madre caminando tan tranquilo en plan equilibrista por la barandilla de la terraza. ¡Menudo susto! Hoy hemos puesto una malla en la terraza, desde la barandilla hasta el techo. Si se llega a caer... ¡Qué horror!

—Ya —respondió Uma secamente.

Xesca tampoco podía evitar mencionar a menudo a Darío: que si le pasaba libros y música, que si le había recomendado una película, que si se iban a ver partidos de rugby juntos... Eran uña y carne. Xesca no podía ni imaginar que, cada vez que lo hacía, a Uma le subía un humo oscuro por el cuerpo y, casi literalmente, le salía por las orejas. «Me importa un pimiento lo bien que te lleves con Darío. Por mí, como si os vais en cohete a la luna», pensaba. Todo parecía que iba a continuar igual hasta que el martes sucedió algo inesperado.

Al regresar del colegio y abrir la puerta del portal, sintió que algo se movía entre sus pies. En cuestión de segundos, reconoció a Buu y, con unos reflejos portentosos y antes de que se escapara, logró cogerlo rápidamente con una mano. Miró a un lado y a otro.

Nadie a la vista. Subió rápido las escaleras, abrió la puerta de su casa y, con el corazón a mil, la cerró a sus espaldas y dejó a Buu en el suelo. El gato empezó a inspeccionar todos los rincones y, como si viviera allí de toda la vida, se fue a su habitación, se subió a su cama y se hizo un ovillo. Cuando lo vio allí, tan pequeño y desprotegido, de pronto no supo qué hacer. Nunca le habían llamado la atención los animales, ni se acercaba a ellos, por temor a que le mordieran o le arañaran. Pero aquel gatito... Un poco recelosa de que le fuera a arañar, se sentó al otro extremo de la cama y le observó durante unos minutos. No parecía un tigre de la selva que se fuera a abalanzar sobre ella, así que se acercó un poco más y empezó a acariciarle. ¡Qué sensación! Era tan suave esa bolita de pelo, y además empezó a ronronear. Así estuvo un buen rato, se le notaba tan a gusto con ella... «Ven, que yo sí te voy a cuidar como te mereces», le cogió con mucho cuidado y lo abrazó flojito. De pronto,

escuchó alboroto en la calle. Enseguida reconoció a Xesca: llamaban a voces al gato. Uma se tapó los oídos y le tapó también las orejas a Buu. «Venga, vámonos a la cocina. ¿Qué quieres comer? ¿Qué coméis los gatos bebés? Leche, ¿verdad? Bueno, mejor espérame aquí». Buu no la obedeció y se fue tras ella. La siguió por el pasillo hasta la cocina y allí se bebió la leche del cuenco que colocó en el suelo. Satisfecho y con el buche lleno, se dedicó a enredarse entre los pies de Uma en plan jugueteón. Cuando llegaron a la habitación, ya no se oían los ruidos en la calle, pero sí en las paredes de al lado. La desaparición de Buu estaba siendo un drama, según parecía. Y esta sospecha se convirtió en realidad cuando a las cinco en punto, como todos los días, Xesca llamó al timbre para dar su clase diaria. Uma se aseguró primero de que Buu estaba en la habitación y la puerta cerrada antes de abrir la de la calle. Cuando vio la cara de Xesca (con los ojos hinchados de haber llorado), tragó saliva y

disimuló diciendo:

—Me duele mucho una muela, no podemos dar clase —fue lo primero que se le ocurrió—. Lo dejamos para mañana, ¿vale?, seguro que estaré mejor, y además...

—Se ha escapado Buu —la interrumpió su amiga.

«Lo siento-me tengo que ir-adiós», pronunció Uma del tirón antes de cerrarle literalmente la puerta en las narices. Le palpitaba tanto el corazón que se llevó las manos al pecho para que no se le saliera. «No pasa nada, no pasa nada. —Pero el corazón bumbum bumbum—. Xesca tenía que haber cuidado mejor de Buu, va a estar mejor conmigo», intentó convencerse. Cuando volvió a la habitación, Buu estaba subido en una estantería y ya había tirado unas cuantas cosas al suelo. «¡Buu, no! Ven, siéntate aquí conmigo, tienes que estar tranquilo. A partir de ahora vivirás aquí y tienes que portarte bien, ¿lo entiendes?». Al gato le gustó la idea de acurrucarse con ella y obedeció. Estuvieron un buen rato los dos hechos un ovillo;

Buu sobre Uma, y Uma sobre sí misma. «¡Ay, que me has arañado! No se araña, no, no... Eres una bola de pelo mala. ¡Que no me arañes!». El gato quería jugar. Ella no. Como a cámara rápida, unos pensamientos descontrolados y oscuros se apoderaron de su mente: tenía que haber devuelto a Buu, pero no lo hizo. Tenía que habérselo dicho a Xesca cuando vino a su casa y la vio con los ojos hinchados, pero no lo hizo. Tenía que habérselo dicho cuando le contó que el gato se había escapado, pero no lo hizo. De pronto, llamaron al timbre.

Salió de la habitación, cerró la puerta para asegurarse de que el gato no salía y, de puntillas, se acercó a la puerta de la calle. Subida a un taburete, se asomó a la mirilla. Era Xesca. ¿Qué querría ahora? Contuvo la respiración y estuvo a punto de abrir, pero ¿qué le iba a decir? ¿Que había secuestrado a su gato? No, no era la mejor idea. Xesca tenía que pagar por no haber cuidado bien del animal. No era tan perfecta como

parecía. Ella sí que cuidaría de él. Estaría muy atenta a que no se colara por la puerta ni por la ventana... ¡La ventana! Se bajó todo lo rápido que pudo con mucho cuidado para no hacer ruido y fue corriendo a su habitación. ¡Qué susto! La ventana estaba cerrada. «¿Ves, Buu? Yo no te voy a dejar que te tires por la ventana». En ese momento, escuchó de lejos el silbido de su padre: tenía exactamente tres minutos para inventarse un plan.

El plan resultó más fácil de lo previsto, aunque tuvo que mentirle a su padre: Xesca tenía dolor de muelas y no le había podido dar la clase. Eso por un lado. Y, por otro, a Uma le apetecía muchísimo, pero muchísimo, que le hiciera unos canelones para cenar. Eran muy laboriosos y estaría metido en la cocina un buen rato. Lo más importante era que no entrara en su habitación y que no escuchara maullar al gato. Por suerte, siempre cocinaba con la radio encendida. Mientras,

ella atendió al gato, le dio otro cuenco de leche y le preparó con un montón de camisetas una cama de su tamaño. Hasta le dio tiempo a coger sus carboncillos y esbozar sobre el papel al gato, aprovechando que se había quedado ¡por fin! dormido.

Mientras cenaban, se escuchó de nuevo barullo al otro lado de la pared.

—Parece que algo grave ha pasado en casa de las vecinas —dijo su padre.

—Yo no oigo nada. Por suerte, las voces se apaciguaron y no volvieron a hablar más del tema.

En plena noche, unos pequeños lametones en la oreja la despertaron. La casa estaba en silencio y a oscuras. Buu debía de llevar un buen rato maullando e intentando despertar a Uma. «¡Qué asco! —Ese gesto de cariño no le había gustado ni una milésima—. ¡Eso no se hace! Puag, aquí huele fatal». Uma estaba de muy mal humor. El gato no entendía que por la noche

tocaba dormir, y se dedicó a pasearse de acá para allá con sus diminutas patas por encima de la cama. Era ya de madrugada cuando consiguió que se durmiera hecho un ovillo a su lado. Entonces, ¡por fin!, pudo disfrutar de unos momentos de tranquilidad y le dio mucho gusto acariciar su lomo y escuchar su ronroneo. Sí, estaba segura de que se llevaría bien con Buu, solo necesitaba unos días para acostumbrarse a él. Lo tenía claro: quería quedarse el gato de Xesca y que nunca más ella le diera clases particulares. «No queremos saber nada de ella, ¿verdad, gatito? Nada de nada. Estamos mejor solos tú y yo». Con estos pensamientos dando vueltas en su cabeza, y con Buu a su lado, se quedó plácidamente dormida. Sin embargo, el sueño iba a durar poco: una voz familiar la despertó. Cuando consiguió abrir los ojos, se encontró con su padre de pie a los pies de la cama, que le preguntó entre sorprendido y enfadado:

—¿Y esto qué es?





Cinco

Uma tardó siete segundos en darse cuenta del lío en el que se había metido. No se puede decir que a Uma se le diera muy bien planificar un secuestro. Y menos el del gato de su vecina. Tenía que haber pensado cómo hacer para que NADIE lo descubriera, ni Xesca ni sus padres... Definitivamente, Uma no era una buena secuestradora. Y, lo peor, tenía que haber estado prevenida de que su padre la despertaba todas las mañanas antes de irse a trabajar. Tampoco eso lo pensó. Y, antes de que pudiera darse cuenta de este

«insignificante» detalle, se lo encontró ahí delante, mirándola con los ojos demasiado abiertos para lo temprano que era. No hacía falta ser muy listo para saber lo que estaba pensando.

—Uma, ¿me has oído? ¿Qué es esto?

Por fin pudo reaccionar:

—Pues un gato, ¿no lo ves?

—No te hagas la graciosa. Eso ya lo veo. ¿Qué hace aquí el gato de Xesca?

Uma no estaba preparada para las preguntas de su padre. Y, además, ¿cómo sabía que era el gato de Xesca?

—¿Me has oído? ¿Tiene esto algo que ver con el jaleo que escuchamos anoche en su casa?

—Déjame, no quiero hablar —dijo Uma mientras cogía a Buu con una mano y lo guardaba en su regazo.

—Uma, mírame, si has hecho algo que no debías, tienes que decírmelo.

—No he hecho nada.

—¿Qué ha pasado? ¿Lo has robado?

—¡Qué dices! Xesca no ha cuidado de su gato y yo sí lo voy a cuidar. Se escapó de su casa porque no quería estar con ella. ¡Yo lo rescaté!

—No me lo creo, Uma. ¿Te imaginas cómo estará Xesca pensando que su gato está perdido o, algo peor, que lo han atropellado, por ejemplo? —le dijo su padre, enfadado.

—¿Y *por ejemplo* te imaginas cómo me sentí yo en su fiesta? —gritó Uma y con furia tiró al suelo el almohadón—. No lo sabes, ¿verdad?

Buu se asustó y de un salto bajó de la cama y se escondió debajo del escritorio. El padre de Uma se quedó parado, sorprendido por lo que acababa de escuchar. Con calma, cogió del suelo el almohadón y se sentó en la cama al lado de su hija.

—No, no lo sé, cuéntamelo tú.

Poco a poco le fue sacando las palabras a Uma sobre lo que había sucedido en la fiesta y empezó a com-

prender cómo se sentía su hija. Uma admira mucho a Xesca, y también a Darío, y no pudo soportar que en la fiesta ellos dos, con los que siempre se sentía a salvo, protegida y segura, la pusieran en evidencia delante de los invitados. En aquel momento se sintió la persona más insignificante del planeta.

—Ven aquí —le dijo su padre y le dio el abrazo del oso—. Gracias por contármelo. Ahora ya sabes lo que vas a hacer, ¿verdad?

—No lo voy a devolver.

—Sí.

—No.

—Uma. No puede pasar ni un minuto más sin que Xesca y su familia sepan que está a salvo. Antes de que se vayan al instituto tienes que devolverles al gato.

—Se llama Buu.

—Vale, tienes que devolver a Buu. Te vas a sentir mucho mejor. Yo te acompaño.

Uma y su padre, en pijama, llamaron al timbre de las vecinas. Abrió la puerta Xesca, que tenía los ojos hinchados y los pelos revueltos de no haber dormido en toda la noche. Cuando vio a Buu en brazos de Uma, se le iluminó la cara.

—¡Buu! ¡Estás vivo! ¡Oh, gracias, Uma! ¡Gracias, gracias, gracias! —Tardó cero coma en coger al gato y comérselo a besos—. Pensaba que te había pasado algo. ¡Gracias, gracias! ¡Dónde lo has encontrado?

Xesca estaba pensando algo que no era...

—Uma tiene algo que decirte —dijo el padre.

Uma, cabizbaja, no se atrevía a mirarla. Un millón de hormigas le subían y bajaban rabiosas por dentro y le impedían mover un solo músculo.

—Uma —insistió su padre.

En un silencio incómodo, Xesca miraba a Uma.

—Lo siento —fue todo lo que pudo decir.

—¿Por qué lo sientes si has encontrado a Buu!

—No lo he encontrado —susurró y, tras unos segundos, añadió más bajito todavía—: Lo secuestré ayer.
—¿¿Quééé??

Xesca no podía creer lo que estaba escuchando. No la había entendido bien. ¿Que Uma había hecho qué?
—Lo secuestré —repitió sin levantar los ojos del suelo—. Estaba muy enfadada contigo por lo que pasó en la fiesta.

—¿En la fiesta? ¿Qué pasó en la fiesta?

Xesca se quedó pensando unos instantes intentando recordar algo raro en la tarde del domingo, pero no encontró nada que explicara las palabras de Uma.

—No entiendo —dijo, muy seria.

—Es mejor que pasemos dentro y Uma te lo va a explicar todo —intervino su padre.

Abrazada a Buu, los dejó pasar. Estaba sola en casa. Uma y su padre se sentaron en el sofá del comedor (Uma pegada literalmente a su padre). Xesca se quedó de pie, rígida como el palo de una escoba. Escuchar

la palabra «secuestrar» había sido demasiado fuerte.

—¿Qué me tienes que contar?

Con la ayuda de su padre, y muy a trompicones, Uma consiguió contarle lo que había pasado y cómo se sintió cuando Xesca y Darío se habían puesto a hablar en voz alta, delante de todos.

—¡¡No hacía falta que se enteraran de que soy tonta!!

—gritó al final en una explosión de rabia.

Cuando Xesca comprendió lo que significaban las palabras de Uma, dejó a Buu en el suelo y se sentó a su lado.

—Perdóname, Uma. No tenía ni idea de que nos estaban escuchando.

—¡Hablasteis muy alto! ¡¿No te diste cuenta?!

—¡Oh, Uma, no me di cuenta! Al contrario, estaba emocionada por la coincidencia de que Darío fuera tu profesor. ¡Y tú no eres tonta! ¿Quién te ha metido esa idea tan fea en la cabeza? Mírame —le dijo mientras levantaba su barbilla hacia ella—. Tú no eres tonta,

¿me oyes? Eres muy linda. Y eres lo mejor que me ha pasado desde que llegué a este barrio. Para los estudios necesitas un apoyo, ¿qué problema hay? Lo solucionamos con clases particulares. Eso no significa que seas tonta. Solo que necesitas ayuda. Todos necesitamos alguna vez que nos ayuden, no hay nadie perfecto. ¿Sabes que a mí se me daba fatal plástica y me agobiaba un montón cuando tenía que hacer una manualidad en el colegio? No sabes lo bien que me habría venido haberte conocido entonces para que me ayudases. ¡Tú eres una artista! Mira, desde el domingo no me quito la camiseta que me regalaste.

Uma no se había dado cuenta de que Xesca llevaba la camiseta que ella le había pintado con los periquitos. Sintió firme la mano de su padre, que no había soltado la suya en todo el rato. De pronto: «Eres una artista, eres una artista, eres una artista». ¡Pepe! ¿Sería verdad que ella no era tonta y que era una artista?

—Has sido muy valiente, hija. ¿A que te sientes mejor? Las miles de hormigas arañando su estómago habían desaparecido. Se sentía mejor, sí.

—¿Me perdonas, Uma? —dijo Xesca.

—Perdóname tú a mí —dijo Uma.

—Pues estamos en paz —dijo Xesca.

«Estamos en paz, estamos en paz, estamos en paz», resonó de nuevo la voz de Pepe y a los tres les dio un ataque de risa.

—Bueno, chicas, habrá que irse. Todavía estamos en pijama y vais a llegar tarde al instituto. Xesca, gracias por tu comprensión —le dijo llevándose la mano al corazón, al que Xesca respondió con el mismo gesto.

—Adiós, Xesca. Adiós, Pepe. Adiós, Buu.

Cuando entraron en casa, su padre la notó seria.

—Te acompaño al instituto, ¿vale? Hoy puedo llegar más tarde al trabajo.

Mientras caminaban, el padre le preguntó:



—¿Estás bien, hija?

Un silencio tenso se interpuso entre ellos hasta que por fin Uma habló.

—No quiero que se entere Darío. ¿Qué va a pensar de mí? Y tampoco quiero que se lo digas a mamá.

El padre se paró y se puso frente a frente a su altura.

—Uma —dijo su padre—, no puedes ocultarlo. Tarde o temprano se enterarán. Y es mejor que no te lo quedas dentro. Ya sabes lo que dice Shrek, «mejor fuera que dentro» —le soltó para ver si le sacaba una sonrisa. Pero Uma seguía muy seria—. Te va a sentar bien hablarlo con él. Además, si él no se entera de lo que ha hecho mal, no le das la posibilidad de disculparse. Te lo va a agradecer, ya verás.

De nuevo volvieron las hormigas a trepar por su estómago. No quería defraudar a Darío. Tampoco quería que lo supiera su madre. Había sido muy feo lo que había hecho.

—Darío lo entenderá, ya verás. Y te quedarás tranquila. Ya has dado el paso más importante, que es decírselo a Xesca. Has sido muy valiente. Con mamá ya hablaremos cuando vuelva.

Aunque ese día no tenía tutoría con Darío, en la hora del recreo le buscó en el instituto y le dijo que quería hablar con él. No sabía por dónde empezar, pero tenía que hacerlo. Debía confiar en lo que le había dicho su padre: que se sentiría mejor después de hacerlo. Se reunieron en una clase vacía y se sentaron cada uno en un pupitre.

—¿Puedo? —preguntó Uma levantando el papel y el lápiz que llevaba en la mano.

—Claro. Ya sabes que sí. ¿Qué pasa, Uma? Te he notado muy seria estos últimos días. ¿Va todo bien?

—Sí... —dijo mirándole un momento a los ojos e inmediatamente bajó la vista y empezó a trazar líneas en el papel en blanco—. Bueno, no. Ha pasado algo.

Claramente, dibujar la sosegaba y le permitía concentrarse mejor en lo que tenía que hacer. Y, en este preciso momento, lo que tenía que hacer era contarle a Darío lo de Buu. Lo del secuestro. Lo de la fiesta. Sin rodeos. Y, la verdad, fue más fácil de lo que se imaginaba.

Cuando su padre llegó por la tarde a casa, estaba deseando que le contara cómo había ido la conversación con Darío. Pero Uma prefirió resumir.

—Me ha pedido disculpas y ya está.

—¿Solo eso? ¿Nada más?

—Papá, te metes en todo. Son mis cosas.

—¿Cómo no me voy a meter, hija? Soy tu padre.

Quiero saber si estás bien.

—Estoy bien.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Uma se quedó pensando y, como vio clara la respuesta, dijo convencida:

—¿Puedes preparar para el viernes una comida rica de esas que haces tú? Van a venir invitados a cenar. Sorprendido pero contento, también vio clara la respuesta y dijo convencido:

—Por supuesto. ¿Para cuántos?

—Para Xesca, Darío, tú y yo.



Seis

Cuando a las ocho de la tarde del viernes llamaron al timbre, todo estaba preparado: la mesa puesta, una lasaña en el horno, y Uma y su padre, recién duchados. Hacía tiempo que no recibían a invitados en casa, y los de ese día eran muy, muy especiales. Uma estaba nerviosa y entusiasmada a la vez. Le parecía increíble que el domingo pasado se sintiera como una hormiga a la que cualquiera podía aplastar de un pisotón y, sin embargo, esa tarde una fuerza por dentro le permitía

verlo todo más luminoso... aunque en la calle ya era de noche y llovía a mares.

—¡Hola! ¡Bienvenida, Xesca, bienvenido, Darío! —dijo con entusiasmo el padre.

«Holabienvendidos, holabienvendidos». Era Pepe, que se había apuntado también a la cena. Los cuatro se echaron a reír. Era de verdad gracioso ver hablar a ese animalillo subido al hombro de Xesca.

—¡Bienvenido tú también, Pepe! Adelante, estáis en vuestra casa. Tú vienes calado, Darío, deja aquí el paraguas.

—¡Oh! —exclamó Xesca alargando la nariz y siguiendo el rastro del olor a comida rica—. ¡Qué rico huele!

—¡Pues mejor sabrá, como decía mi madre! —dijo divertido el padre de Uma mientras se dirigían al comedor—. Es nuestro plato preferido, ¿verdad, Uma? Bueno, sobre todo el plato preferido de mamá —añadió guiñando un ojo a su hija.

Mientras la lasaña se hacía lentamente en el horno, empezaron a charlar. Sobre asuntos triviales, nadie parecía que quisiera mencionar el tema estrella (gato-secuestro-fiesta, etc.). Se escuchaba de fondo el chaparrón sobre los árboles y los tejados, y el olor a tierra mojada se iba colando por entre las ventanas. —¿Por qué no comemos, papá? La lasaña ya estará lista, ¿no? Y tenemos hambre.

—Espera un poco, hija, se tiene que dorar el queso por encima.

Uma estaba impaciente. Tenía algo importante que darles, a Xesca y a Darío, y había pensado hacerlo después de la cena. Pero parecía que su padre no tenía prisa por empezar a cenar. Los tres seguían hablando, pero ella no los escuchaba, estaba en su bucle de pensamientos: «¿Se lo doy ahora o me espero hasta después de cenar? Total, qué más da. No, mejor después. Bueno, no, mejor ahora, sí, mejor lo

saco ahora...». Menos mal que Xesca interrumpió esos pensamientos que no iban a ningún lado.

—¿Escuchas, Uma? Ha dejado de llover —y con una sonrisa cómplice le preguntó—: ¿Y qué pasa cuando deja de llover?

—¿Que ya no necesitas paraguas? —dijo Darío haciéndose el gracioso.

—¡Los caracoles! —dijeron Uma y Xesca a la vez. Y Xesca añadió—: ¡Vamos, Uma! Enseguida volvemos. Vosotros dos: no os comáis la lasaña, ¿eh?

Cuando salieron a la calle se encontraron con que, efectivamente, una buena colección de caracoles cruzaban —imprudentes, lentos, seguros— la acera que comunicaba el jardín con la carretera. Con mucho cuidado, Uma y Xesca les fueron salvando la vida uno a uno, y los instalaron en el centro del jardín, a bastante distancia de la acera, por si tenían tentaciones de volver a salir.

—¿Sabes que los caracoles dan suerte? —dijo Uma mientras volvían a casa—. El otro día se coló uno en mi habitación.

—¿Ah, sí? Es un animal bien bonito —dijo Xesca—. Yo lo veo muy parecido a ti.

—¿Parecido a mí? ¡Qué dices!

—El caracol va trazando con paciencia dibujos en el suelo con su cuerpo. Igual que tú, que primero los imaginas y luego los plasmas en el papel.

—Tienes razón, aunque... ¡yo no dejo esas babas asquerosas! —contestó divertida.

—Y otra cosa te digo —añadió Xesca—: el caracol está tan concentrado en sus dibujos que se olvida de los peligros. Lo mismo te pasa a ti cuando dibujas, que te olvidas hasta de comer. Que sepas que... ¡más de una vez me he comido tu merienda y ni te has enterado! —dijo echando su brazo sobre los hombros de Uma—. Que nooooo, que eso no es verdad.

Y ambas se abrazaron, divertidas.



—Ahora que lo pienso —dijo Uma parándose en seco—, hay otra cosa en la que me parezco al caracol. Cuando lo paso mal, me refugio dentro de mi caparazón.

—Y otras veces quieres refugiarte en tu casa y con tu familia, ¿a que sí?

—Mmmm, claro.

—Lo mismo me pasa a mí, Uma. Yo también soy un poco caracol.

—Venga, vamos ya para casa, que me muero de hambre.

Volvieron caminando en silencio, pensativas. La lluvia había limpiado el aire. Y un poquito también sus mentes. Antes de llegar al portal, justo se encontraron con otro caracol que cruzaba tan pancho la acera. Xesca lo cogió con cuidado y se lo puso a Uma en la palma de la mano.

—¡Puag! ¿Qué ascooooo! —dijo Uma poniendo cara de verdadero asco.

—No seas moñas y fíjate en él. Vamos a hacer un trato.

Cuando tú o yo pasemos por un mal momento, nos vamos a acordar de él, ¿vale? Y pensaremos en que poco a poco y con paciencia conseguiremos nuestro objetivo.

—Vale, pero quítamelo de encima y vamos a lavarnos las manos —dijo Uma mirando cómplice a Xesca en señal de que había comprendido sus palabras.

—Eres una finolis —le contestó Xesca y colocó con cuidado al caracol en el jardín.

Nada más llegar a casa, el intenso aroma de la lasaña se había extendido por toda la casa. Pero Uma no reparó en eso, más bien venía pensando en cenar cuanto antes para darles después el regalo a Darío y a Xesca.

—Papá, ¿comemos ya? —dijo Uma, impaciente.

—Todavía no. Necesita unos minutitos más.

Qué pesado estaba su padre. No podía aguantar más. Llevaba preparando varios días el regalo, desde que se solucionó lo de Buu. Sin decir nada, se fue a su

habitación y vino con dos grandes láminas, una en cada mano. Cuando la vieron llegar, todos se quedaron sorprendidos. Como no eran adivinos, no se esperaban esta sorpresa.

—Es para vosotros. Toma, Xesca, este es para ti. Y este para ti, Darío.

Eran dos dibujos hechos a carboncillo y con lápices de colores. El de Xesca era un retrato de medio cuerpo basado en su primer encuentro: ella mirando al frente con su moño en la cabeza en forma de nido de cigüeña y una diminuta cigüeña posada en él. En sus brazos sostenía a un diminuto Buu con la cabecita mirando hacia arriba y los ojos clavados en Xesca. El retrato de Darío era de cuerpo entero. Con la mirada al frente, tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón y en la otra sujetaba un libro («Alicia en el país de las maravillas», se leía en la portada).

—¡Es precioso! ¿Ves? ¿Qué te decía yo? ¡Eres una artista! —exclamó Xesca, se abalanzó sobre ella y le

pegó un abrazo de osa.

—Es precioso, querida Uma —dijo Darío, que era menos efusivo que su sobrina—. Me hace muchísima ilusión. Gracias, de verdad.

—¿En serio os gusta? ¿Me perdonáis?

—Nos hemos pedido disculpas y nos hemos perdonado mutuamente, ¿no? —dijo Darío—. Esta chica y yo metimos la pata el día del cumpleaños, y tú metiste la pata al día siguiente. Lo hemos reconocido y ya está, eso es lo importante. Yo solo te digo que has sido muy valiente al haberte enfrentado a tus miedos. Y que ambas tenéis la suerte de haberos conocido y de ser vecinas. Y yo tengo la suerte de tenerte a ti en clase y a ti como sobrina.

—Lo mismo digo, amiguita —dijo Xesca—. No tengo nada más que añadir. Bueno, sí, que te voy a dejar a Buu para que te lo quedes una temporada, que dice que te echa de menos.

—¡No, por favor, no me hagas eso! —dijo Uma muerta

de la risa y tapándose la cara en plan dramático—. No me obedece, es un gato revoltoso y sus cacas huelen fatal. Dile que iré a visitarlo a tu casa.

«Amitambién, amitambién, amitambién», dijo Pepe. —Por supuesto, Pepe, a ti también —le contestó Uma y le plantó un beso en su cabecita azul.

El padre de Uma observaba la escena con los ojillos vidriosos y con una sonrisa de plena satisfacción por que todo hubiera acabado tan bien. Pero estaba impaciente: tenía un as en la manga, lo que quiere decir que tenía guardada una sorpresa, y la sorpresa estaba a punto de aparecer. Después de comprobar algo en la pantalla de su móvil, dijo:

—Siento interrumpir este bello momento, pero tenemos que sentarnos ya a la mesa. ¡Vamos, vamos, que se nos enfría la lasaña!

—No hay quien te entienda, papá, ahora te entran las prisas.

Uma estaba relajada, satisfecha, feliz. Y sin rastro de

la molesta familia de hormigas que a veces se alojaban en su estómago. Cuando ya estaban sentados en la mesa, sonó el timbre de la calle. Uma no podía imaginar quién iba a aparecer por la puerta del comedor. —¡Mamá!

La secuencia se ve mejor a cámara lenta: la madre saluda con cortesía y enseguida se olvida de los invitados y mira a la persona más importante de su vida: Uma. Deja la bolsa de viaje en el suelo, abre todo lo que puede los brazos como diciendo «ven aquí, hija mía, que te vas a llevar el abrazo que tengo guardado para ti desde hace tres semanas», Uma se baja de la silla, coge impulso y, por fin, de un brinco se funde con su madre.

«Mamá, tengo muchas cosas que contarte», le susurra al oído.

FIN

Uma tiene 12 años y se le apilan los deberes en la mesa de su habitación. Pero la llegada de una vecina nueva le llevará a vivir una aventura que le cambiará la vida.

La técnica del caracol es una historia para ayudar a comprender las Necesidades Específicas De Apoyo Educativo. (N.E.A.E.)

Financiado por:



Confederación Española de Asociaciones de Padres y Madres del Alumnado

Puerta del Sol, 4 - 6º A / 28013 MADRID / Tlf. (+34) 917 014 710

ceapa@ceapa.es / www.ceapa.es